

EPILOGO

En las instrucciones que Federico el Grande dió á un profesor de historia se encuentra la observacion siguiente: «Os detendreis mas en los sucesos que han tenido trascendencia que en los que, por decirlo así, han pasado sin dejar consecuencias de ninguna especie.» Esta regla me ha guiado en la redaccion de mi obra. Separando rigurosamente lo que no tiene importancia, y dando un lugar accesorio ó subordinado á lo que tiene poca, he ganado espacio para presentar entre el riquísimo y variado material que he tenido á la vista todo lo importante con una minuciosidad que por lo general solo se busca en obras especiales sin encontrarlo á menudo.

Por el estudio de los autos y de las declaraciones de los testigos establece el juez los hechos que forman un caso penal ó de derecho. Exactamente de la misma manera procede el historiador, con la diferencia de que investigando una época pasada, se ha de contentar con los datos que le facilitan los documentos oficiales y los escritos de los autores y testigos de los sucesos. Federico el Grande se hizo historiador de su propia época para que no la describiera despues «algún benedictino del siglo XIX» que nada podia entender de ella; tan difícil le pareció poder formar una imágen siquiera algo semejante, de sucesos que no se habian presenciado. Cuanto mas convencido se halle el historiador de los límites inevitables que tiene toda la ciencia histórica, mas se sentirá impulsado á valerse siempre que pueda de los testigos mas inmediatos que encuentre, y á presentar á los lectores de la posteridad sus escritos y documentos. Las ventajas de este método son tan grandes que podrian escribirse muchas obras solo para probarlas. Entre los inconvenientes que evita nos limitaremos á citar aquí solo uno:

Hace veinte años que Julian Schmidt acertó el punto vulnerable del sistema de Gervinus, usado para escribir la historia de la literatura, cuando exclamó: «La presuncion de poder juzgar fué superior al deseo de instruirse... Si esto continúa se formará una atmósfera de juicios hechos que ocultará las cosas en lugar de hacerlas patentes.» Una cosa enteramente análoga observamos en el terreno de la histo-

ria, especialmente de los tiempos modernos; y contra esto no hay otro remedio para el historiador mas que abstenerse de todo juicio, siempre que el material no le autoriza para formar, con lo cual procederá mejor que adoptando y propagando un juicio ya formado; y si se encuentra con datos para formar un juicio propio, despues de un exámen concienzudo, debe darlo al lector acompañado de los documentos en que se funda. Es indispensable en todo citar con exactitud las fuentes de donde se han sacado los datos, porque el público que hoy lee obras históricas serias, las pide, no solamente para juzgar de la exactitud del autor, que no tiene derecho á eludir ni dificultar este exámen, sino mucho mas para saber dónde puede encontrar materiales para estudios propios. Este último impulso es tan vivo, que desde la publicacion de la primera parte de nuestra obra son infinitas las cartas que hemos recibido y recibimos de inteligentes aficionados á los estudios históricos de todas las clases de la sociedad y especialmente de la clase de los profesores de historia de las escuelas superiores.

Mi libro forma parte de la seccion tercera de la «Historia Universal por descripciones parciales.» Por esta razon me he visto obligado á elegir el material teniendo presentes las otras obras de la misma seccion, como la de *Erdmannsdörffer* (Historia de Alemania desde la paz de Westfalia hasta el reinado de Federico el Grande); de *A. Wolf* (Austria en los reinados de María Teresa, José II y Leopoldo II); y *Brückner* (Pedro el Grande y Catalina II). Digo esto para que el lector lo tenga presente al juzgar mi obra.

Escribo esto el dia del cumpleaños de mi anciana madre; á ella dedico este libro, la primera obra histórica grande que publico despues de haber pasado veinte años escribiendo exclusivamente monografias. No puedo expresar con palabras cuanto le debo, y solo diré, porque aquí es el verdadero lugar para ello, que desde mi primera infancia mi madre ha sido para mí el simbolo y la imágen, cuyos rasgos jamás se borrarán de mi memoria, la imágen del heroísmo del trabajo, del deber y de los sacrificios.

Giessen, 26 de mayo de 1883.

GUILLERMO ONCKEN

EL AUSTRIA

DURANTE LOS REINADOS DE

MARIA TERESA, JOSÉ II Y LEOPOLDO II

(1740-1792)

POR EL DR. ADAM WOLF

MIEMBRO DEL CONSEJO DEL GOBIERNO, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE GRAZ É INDIVIDUO DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE VIENA

INTRODUCCION

EL AUSTRIA DESDE 1650 Á 1740

Los últimos Habsburgos.—El Austria bajo el reinado de Carlos VI.—La constitucion provincial.—Poblacion agrícola y urbana.—Decadencia del gobierno.—La Pragmática sancion.—Casamiento de María Teresa con Francisco Estéban de Lorena

El Estado de Austria, ó de Austria-Hungría, como ahora se le denomina, es de creacion moderna: en la Edad media, el Austria alemana, la Hungría y la Bohemia eran Estados completamente separados y distintos por el espíritu de sus respectivos pueblos, por el idioma, por la cultura y por la política. A mediados del siglo XIII, estas diversas naciones comenzaron á hacer algunas tentativas para reunir en uno solo los diferentes territorios y formar un grande y poderoso Estado. Al Habsburgo Fernando I estaba reservado realizar la idea que su abuelo, Rodulfo de Habsburgo, habia concebido, que el poderoso Ottokar II de Bohemia habia intentado llevar á cabo, y que con grandes cuidados y trabajos habian preparado Federico III y Maximiliano I; á saber: la anexion de Bohemia y Hungría al Austria alemana. Desde el año 1526, el Austria se separó de la Alemania formando un Estado europeo independiente, cuya vida no se rigió ya únicamente por la política y civilizacion alemanas, sino por la comunidad de intereses de razas alemanas, eslavas y magyares, y sobre todo por la idea dinástica, con su derecho, su poder y su importancia europea. Esta nueva Austria de los siglos XVI y XVII, no poseia, sin embargo, grandes territorios: sus fronteras eran al Nor. e, el curso medio del Oder, y, al Sur, el mar. En el centro, el territorio era tan angosto que solo un camino conducia desde la Carintia al Tiro; y el territorio turco no distaba mas que una jornada de las fronteras estirias. Viena era una plaza fuerte fronteriza y la mejor parte de Hungría formaba un bajalato turco. Cuando, despues de la guerra de 1683 á 1718, fueron conquistadas la Hungría y la Transilvania, el poder de Austria tomó segura consistencia. Durante el transcurso del siglo XVIII, su forma territorial experimentó todavía algunas modificaciones. Su poderío descansó siempre en las comarcas hereditarias alemanas, bohemias y húngaras; pero la casa de Austria heredó de España los Países Bajos, la Lombardía y Parma; y extinguida la dinastía de los Médicis, adquirió tambien la Toscana. Esta situacion geográfica, efecto de los antiguos y constantes esfuerzos de los Habs-

EL AUSTRIA

burgos, tuvo por resultado á su vez una constante oposicion á la política francesa, el predominio de Austria en Alemania é Italia, su influencia en el Oriente y Norte eslavos, y por tanto su participacion en todas las grandes cuestiones de la política europea. Su composicion nacional contribuyó asimismo á ponerla en relacion con la vida de los grandes pueblos de Europa. El Austria no era un Estado nacional y sus príncipes no representaron nunca una política nacional, sino un gran movimiento popular: las luchas religiosas en la Edad media, la Reforma, la civilizacion germánica y romana y la reaccion que experimentaron los eslavos, dejaron impresas sus huellas en el Austria. Esta aparecía como el centro de los intereses europeos: en contacto con todos los desenvolvimientos de la cultura, nunca pudo excusarse de tomar parte en ellos; y sus modificaciones y luchas intestinas no solamente influyeron en sus vecinos, sino que, extendiendo su esfera de accion, llegaron hasta influir en la gran vida pública de Europa. Austria era considerada como la primera potencia germánica; nunca se habia declarado de derecho público la separacion entre el Austria y la Alemania; al reino austriaco pertenecian aun los territorios hereditarios alemanes y bohemios; el trono del Imperio alemán estaba vinculado en la casa de Austria; y sus mensajeros acudian á las elecciones y á las Dietas. Los Habsburgos vigilaban con ambicion y perseverancia las relaciones de su Estado con la federacion germánica y Alemania veia en el Austria la potencia «que podia conservar el equilibrio europeo y defender la prosperidad de la patria alemana.» A pesar de esto, el Austria, desde la paz de Westfalia, se habia ido cada dia mas desenvolviendo fuera de las condiciones inmediatas de la existencia germánica. La soberanía por ella ejercida en el Oriente eslavo y magyar, el derecho de familia que reivindicó su dinastía; el Imperio y la situacion que adquirió como primera potencia religiosa, daban al Estado austriaco una importancia europea. Sus intereses particulares no tenian ya los mismos objetos políticos que los de los territorios alemanes y, por el contrario, los

principes alemanes, así los poderosos como los pequeños, seguían, dentro y fuera de la constitucion, su camino propio. Ya desde fines del siglo xvii los usos populares y la literatura no llamaron alemana sino austriaca á la monarquía; la dinastía tomó tambien el nombre de casa de Austria y representó de este modo la independencia y la soberanía del reino austriaco.

Esta independencia tuvo sin embargo que conquistarla el Austria á fuerza de grandes luchas: muchas veces vióse amenazada de una ruina al parecer inevitable, como aconteció en 1529 y en 1683, cuando la irrupcion de los turcos; en 1609, cuando la guerra civil; en 1618, cuando la revolucion bohemía; en 1704, cuando la invasion de Hungría, y en 1740, cuando la mitad de la Europa se conjuró contra ella. Con igual frecuencia se sucedieron en esta nacion transformaciones inesperadas: á la debilidad exterior siguieron á veces la fuerza y la energía, y en medio de las mayores tribulaciones despertóse en el pueblo el sentimiento de la cohesion. La sangre en comun derramada, la comun desgracia y cierta necesidad exterior mantuvieron fuertemente encadenado al pueblo austriaco y por encima de todas las oposiciones nacionales y sociales se levantó la dinastía soberana como la inexpugnable fortaleza en donde se refugiaba el espíritu de union y de alianza.

Sin duda los soberanos contribuyeron poderosamente á este desarrollo: la mayor parte de los Habsburgos fueron reyes cuidadosos, atentos al bienestar del pueblo y al castigo de la injusticia, honrados, enemigos de las grandes innovaciones y estaban poseidos de gran tranquilidad de espíritu y de confianza en Dios en los momentos de desgracia. Su política se regulaba, no tanto por los principios generales, como por la realidad de los hechos, por la justicia y por la posibilidad del éxito. En el interior robustecieron el absolutismo y la fuerza del Estado: con extraordinaria energía, destruyeron todos los esfuerzos individuales ambiciosos y dieron á las provincias el impulso para que pudiesen proceder ó sufrir, dar ó recibir como miembros de un poderoso Estado. Los Habsburgos heredaron de generacion en generacion desde el siglo xvi la idea de un Estado único. Fernando II decretó la indivisibilidad de los territorios hereditarios austriacos: Leopoldo I estableció en Hungría el derecho de herencia en favor de su familia y anexionó el Tirol al reino: Carlos VI, en la Pragmática sancion, confirmó la sucesion hereditaria en su dinastía y decretó asimismo la indivisibilidad de los territorios austriacos: y los otros tres Habsburgos, apenas modificaron esta política interior y exterior, conservando sus derechos dinásticos, su situacion en Alemania, y el poder absoluto y la organizacion feudal en sus Estados, renunciando únicamente á la política religiosa de los Fernandos.

Leopoldo I (1657-1705), hijo segundo del emperador Fernando II, que habia nacido en 1640, subió en edad temprana al trono de Austria y fué á los diez y ocho años elegido emperador de Alemania. Joven, sin experiencia y débil, dependió, durante la primera mitad de su reinado, de ministros y favoritos; pero en la segunda mitad de su vida se mostró inteligente é independiente en el gobierno y en la política. A pesar de que, por naturaleza, era dado á la paz, pasó su existencia, con cortos intervalos, en luchas contra los turcos y los franceses: contra los primeros, desde 1662 á 1664 y desde 1683 á 1699; y contra los franceses, desde 1672 á 1679, desde 1688 á 1697 y desde 1702 hasta su muerte acaecida en 1705. Al comenzar la guerra contra los turcos, el Austria solo poseía la tercera parte de la Hungría; el resto estaba en poder de la media luna, pues los reyes húngaros eran vasallos de la Puerta. Firmada la paz de Carlowitz, la Hungría y la Transilvania pasaron á ser miembros del Imperio austriaco.

Menos afortunado fué Leopoldo en la guerra contra Francia; los intereses del Austria y de la Alemania coincidían en un mismo punto: las tropas alemanas peleaban por el Austria y las austriacas por Alemania; pero el curso de esta guerra demostró la impotencia del reino, la decadencia de los principes y la creciente influencia de Francia en las pequeñas cortes espirituales y temporales alemanas. En la primera guerra la victoria se decidió en pro de la Francia, la cual en la paz nada gloriosa de Nimega conservó el Franco Condado, una serie completa de fortalezas en los Países Bajos y á Frisinga, en Brisgau. La Lorena fué tambien colonizada por Francia, los países del Rhin quedaron asolados, las potencias aliadas separadas unas de otras y vencidas y Luis XIV mas poderoso que antes. En la segunda guerra pudo el Austria evitar los ataques de Francia buscando desde luego el apoyo de Hanover y de Brandeburgo, pero despues la lucha terminó con la derrota de las armas austriacas. Por la paz de Ryswick, Francia devolvió á Tréveris, Frisinga y Brisgau, pero conservó á Estrasburgo y la Alsacia. En la tercera guerra, promovida á causa de la sucesion al trono de España, el Austria, aliada con la Alemania y las potencias marítimas, consiguió por vez primera derrotar á sus enemigos. Leopoldo I vivió aun lo suficiente para ver á la Francia humillada, libre la Alemania y probables las esperanzas de un brillante desenlace. En todas estas guerras, el Austria aparece como el caudillo de la nacion alemana, como el escudo y defensa de la libertad y cultura alemanas, entre el cesarismo latino y el eslavo; pero la alianza con Alemania no fué mas allá. El imperio aleman era mas bien una confederacion europea que un Estado nacional; de los nueve principes electores, cuatro eran al propio tiempo soberanos de territorios no alemanes, y los pequeños principes iban directamente á sus objetos especiales. El Austria, por sus tendencias católicas, por los intereses de su dinastía, por la represion de todos los poderes autónomos así como por su cultura extranjera, semi alemana semi española, era, en cierto modo, extraña al pueblo aleman. Leopoldo I fué un hombre devoto, morigerado, pero algo rígido y soberano pedante: en el gobierno se apoyaba principalmente en los elementos clericales y aristocráticos, y mostraba el mismo absolutismo que habian fundado su padre y su abuelo y el mismo deseo de tener sujetas á las provincias. Fué, en cierto modo, el primer emperador de Austria: apoyó la unidad del ejército, impuso á todos los territorios del Imperio el deber de sostener á éste, expidió patentes de contribucion á todo el reino y preparó una legislación comun. El Colegio-consejo secreto, el Consejo de guerra de la Corte y la cancillería austriaca fueron los puestos centrales de todo el reino: el antiguo mecanismo administrativo impedía una organizacion mas unitaria. Los derechos constitucionales apenas eran tenidos en cuenta: los mismos Estados dejaban caducar sus facultades políticas, y cuando no, el gobierno pasaba fácilmente por encima de ellos. María Teresa decia: «De todos mis antepasados, Leopoldo I fué el único que tuvo verdadera autoridad soberana y que la supo hacer respetar por todos». La misma Hungría, despues de la conjuracion de 1670 fué organizada á la austriaca, es decir que la Constitucion fué limitada, los poderosos Estados generales se vieron convertidos en cuerpos consultivos, y un gobierno absoluto imperó en sus territorios. Desde 1673 á 1681 existió en Hungría un gobierno dependiente de la corte, que debia preparar el advenimiento de la burocracia. Los eslavos aceptaron sin reparo estas modificaciones, pero el amor á la libertad y la energía de la nobleza magyar se opusieron tenazmente á semejante centralizacion. Leopoldo I declaró en la Dieta de Presburgo (1687) que el derecho de las armas, y los gastos

que habia ocasionado la reconquista de Hungría le autorizaban para constituir nuevamente el reino, pero que por un acto especial de bondad dejaba subsistente la antigua constitucion. En cambio los húngaros renunciaron á la libertad electoral y á la cláusula de resistencia de 1222 y reconocieron la sucesion hereditaria del Austria en Hungría con sus derechos de primogenitura. Leopoldo I falleció en 1705, a la edad de 65 años.

José I (1705-1711) hombre activo y caballeresco, ardiente y de gran penetracion, continuó en el exterior la política de su padre. Luchó contra Luis XIV y las potencias marítimas con tal suerte, que el rey de Francia se vió obligado á firmar una paz vergonzosa, pudiendo el emperador decir ante la Dieta reunida en 1710 en Regensburg, que Alemania debia exigir toda la Alsacia y la Lorena, pues de lo contrario no habia que esperar la paz ni la tranquilidad. Las tropas austriacas y alemanas conquistaron á Nápoles, Milan, Baviera y los Países Bajos españoles. En Hungría, tuvo José que luchar contra el poderoso levantamiento que Francia excitó y protegió, y cuyos caudillos le negaban sus derechos al trono. El emperador pensaba transigir, pero no consiguió, en vida, ver firmada la paz con la cual terminó la guerra civil y quedó restablecido el poder real. En el interior, siguió tambien la política de su padre y solo en lo que se referia á la cuestion religiosa se mostró un tanto mas liberal. En 1707 reconoció la libertad religiosa de los protestantes en Silesia; mostró pocas simpatías hacia los jesuitas y pareció decidido á luchar con el Papa, que era favorable á los Borbones y que amenazaba al emperador con la excomunion. Por lo demás, su gobierno, ninguna modificacion introdujo en la Constitucion y en la administracion; sus ministros eran tambien conservadores, y ni el mismo príncipe Eugenio pudo variar la antigua forma de gobierno, ni modificar el poder de la nobleza ni reprimir los abusos económicos. La fatalidad preparaba á José I una prematura muerte (17 de abril de 1711).

Carlos VI (1711-1740) hijo segundo de Leopoldo I, que habia nacido en 1685, estaba, en su juventud, destinado á fundar en España una segunda rama de la casa de Austria, por la cesion que de sus derechos hereditarios á aquel trono le habia hecho en 1703 Leopoldo I. La suerte y el éxito que habia de obtenerse en España dependían de la gran guerra de sucesion; pero el joven príncipe supo conservar á Cataluña y Barcelona hasta que la pronta muerte del emperador le obligó á volver á Alemania. Aconsejado é influido por extranjeros y perseguido por extranjeros recuerdos, no fué entrando sino poco á poco en la vida de su patria. Contaba á la sazón veintisiete años; dotado de varonil belleza y de fuerza no comun, convencido de su superioridad, y extraordinariamente aficionado á la caza, á la música, á las artes plásticas y á los placeres, su gravedad le daba, mas que á su fogoso hermano, el carácter que habia distinguido á los antiguos Habsburgos. Solo se mostraba familiar en el trato íntimo, dejándose á menudo llevar por extranjeros y favoritos. En el interior y en el exterior siguió la política de su padre y de su hermano. En 1711 ciñó sin obstáculo la corona imperial, y cuando llegó á Austria, todos, nobleza, clero y pueblo, le prestaron vasallaje, al estilo de la época, que adolecía un tanto de orientalismo. Los Estados de la Baja Austria le saludaron con estas palabras: «La luz del príncipe de los cielos se oscurece ante el brillo nunca visto del Todopoderoso; el círculo de la tierra es demasiado pequeño para teatro de tal obra, por lo cual los mas fieles y obedientes Estados creen haber llegado al colmo de la felicidad con solo poder arrojarse á los piés de Vuestra Majestad. Los pasados tiempos de la Edad de oro son de hierro compara-

dos con estos, pues el sol nos llena de vivificadora felicidad.»

Carlos encontró terminada la sublevacion de Hungría, pues la regencia habia firmado la paz de Szathmar; y despues de haber jurado en 1712 los derechos constitucionales, se encontró incondicionalmente reconocido. Dominando la Hungría por la Hungría misma, consiguió realizar algunas reformas esenciales y logró especialmente en 1731 que, despues de una lucha de mas de cien años, renaciese la paz entre católicos y protestantes.

El joven emperador mostró, desde los primeros dias de su reinado, que seria un príncipe que habia de llevar la paz y la felicidad á su pueblo. De mala gana consintió en la decision adoptada por las potencias marítimas de repartir la monarquía española entre los Borbones y los Habsburgos, adjudicando á Carlos los Países Bajos españoles, Nápoles, Milan, los puertos toscanos y la isla de Cerdeña que pronto fué permutada por la de Sicilia. La lucha contra la Puerta (1716-1718) terminó por las victorias conseguidas por el valiente príncipe Eugenio, y en la paz de Passarowitz recibió el Austria el Banato, la pequeña Valaquia y la parte septentrional de Servia con Belgrado. Carlos VI no consiguió todo lo que habia ambicionado Leopoldo I; pero logró, por lo menos, aquello que mayor ventaja podia reportar al Austria, á saber: el predominio en Italia y en Alemania y el libre paso hacia el bajo Danubio y hacia las comarcas turcas que le prestaban vasallaje. «Nunca, escribe María Teresa, se encontró la monarquía tan fuerte como en el período que media desde 1720 á 1734 y nadie podrá negar que la Majestad de mi señor padre fué un monarca ilustrado y prudente. Sin contar con los territorios extranjeros que estaban sujetos á su dominacion, especialmente Nápoles y Sicilia, que aportaban algunos millones en numerario á la riqueza pública, conservaba el Austria las comarcas hereditarias y toda la Silesia, Glatz, una parte de Valaquia, Servia, y una parte del Banato de Temesvar; y la corte de Viena tenia en tiempo de paz 60,000 soldados.»

En el interior, el período de 1720 á 1734 marca una era de paz, de bienestar y de actividad industrial y artística. El pueblo se repuso de los desastres que habian ocasionado la Reforma y las grandes guerras, y muchos propietarios se afanaban por curar las heridas y recuperar las perdidas fuerzas económicas. Construyéronse palacios é iglesias, prodigándose en estas el oro, el mármol y las pinturas; y los extranjeros ensalzaban la probidad, bienestar y hospitalidad de los austriacos. La corte de Viena ostentaba un lujo sin igual: todos procuraban acercarse á ella para brillar, adquirir y divertirse. Viena, que en 1683 solo contaba 1,228 casas y 50,000 habitantes, tomó un vuelo prodigioso y comenzó á hermoarse por dentro y por fuera, construyendo templos y palacios; las artes estaban en su mayor brillo; en los edificios de los arrabales se construyeron hermosos jardines; y en los alrededores tenian los señores y funcionarios de la corte sus propiedades con preciosos castillos, jardines y parques: en todas las cosas mundanas y religiosas se notaban evidentemente las huellas de los modernos tiempos. Los jesuitas no pudieron reconquistar su antigua influencia; pues los particulares y las corporaciones combatían con espíritu independiente y esforzado valor á la temida orden, y el mismo gobierno se quejó en 1724 del sistema de enseñanza de los jesuitas, publicando en 1735, para combatirlo, el *plan de enseñanza en los Gimnasios*. El gobierno comenzó á vigilar los conventos, limitando el derecho de adquirir propiedades y renovando las antiguas leyes sobre manos muertas. Reconocióse la necesidad de reformar la enseñanza, y á ella se proveyó ampliamente. Esto no obstante, la religion católica